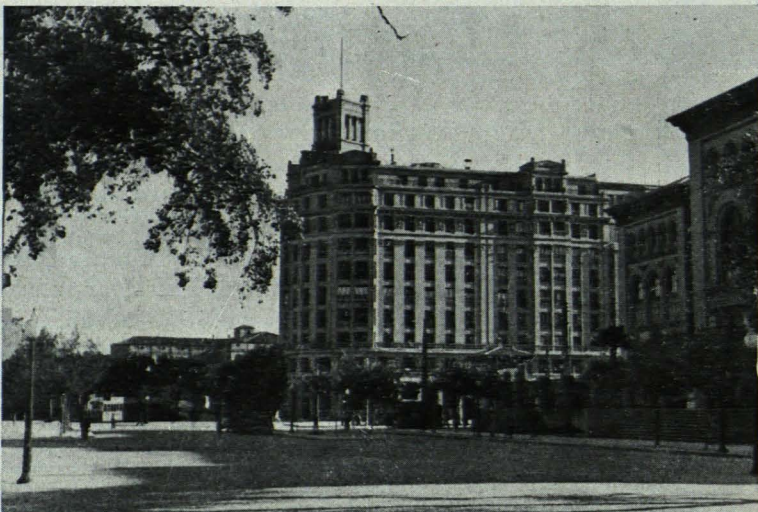


SOBRIEDAD Y RITMO, ARQUITECTURA



Aun cuando las condiciones de la vida moderna disminuyen constantemente las distancias y aumentan el intercambio entre las diferentes poblaciones, tendiendo a homogeneizar sus costumbres y su fisonomía, es notable observar cómo algunas ciudades, desde luego en España muy pocas, conservan rasgos característicos en su personalidad, reflejados directamente en la arquitectura que en ellas se realiza.

La enseñanza centralizada, la facilidad de las comunicaciones, la subordinación al interés económico y la frivolidad, son factores poderosísimos que no dejan sobrevivir más personalidades que las fundadas en muy hondas raíces de caracterización regional.

El hecho de diferenciarse en arquitectura, manteniendo una tradición, es un mérito indiscutible, para el que es necesario que el ambiente sea intenso y que exista un equipo entusiasta de profesionales.

Si en la arquitectura moderna española, Madrid representa un anhelo de dignidad propio de la corte y de su tradición, aun cuando en ésta pesan también la lógica escurialense y la picaresca barroca; si Barcelona se nos presenta como un centro romántico, ligado siempre a un recuerdo medieval; si Valencia es la exuberancia, Bilbao la riqueza y Sevilla la gracia, Zaragoza es, ante todo, la sobriedad.

No cabe duda de que esta característica centra a Zaragoza en una tendencia eminentemente española. Entre las divergencias periféricas, que llevan a extremismos variadísimos en las manifestaciones de la arquitectura, Castilla y Aragón, la meseta y la estepa, dan la nota armónica, unificadora, con cualidades conciliadoras.

La sobriedad aragonesa se refleja en la simplicidad de las disposiciones, en la lógica de los planteamientos, en la parquedad de la ornamentación, en una cierta tendencia al ritmo repetido, modernamente se diría a los elementos en serie, todo lo cual conduce a una arquitectura fuerte.

Esto no excluye la posibilidad de refinamiento artístico. Al contrario, es normal que por contraste exija en determinadas situaciones, pocas y bien escogidas, un esmero especial en dotar de delicadeza y de ilusión a obras o elementos definidos.

En los monumentos tradicionales, el forastero no se cansa de admirar la personalidad recta de edificios como la Lonja y la Audiencia. El ritmo puro de estos edificios, comparado con el ritmo jerárquico de los edificios madrileños (Ministerio de Asuntos Exteriores, Hospicio, Museo del Prado), la modestia del ladrillo y la madera frente a la dignidad del granito y la pizarra, obligan a reconocer un ideal estético diferente. Por otra parte, constituyen también un elemento de fuerte caracterización las torres esbeltas, que si bien son

La sobriedad aragonesa se refleja en una cierta tendencia al ritmo repetido, con una arquitectura fuerte que no excluye los refinamientos artísticos.

RACTERISTICAS DE LA DE ZARAGOZA

Por Pedro Bidagor
Jefe de Urbanismo de la Dirección
General de Arquitectura

también muy rítmicas, son finas y más caprichosas que las torres castellanas.

Estas modalidades estéticas tienen un profundo arraigo tradicional. Recuerdan dos influencias históricas: la del renacimiento italiano y la del mudéjar. La pureza rítmica y la disposición geométrica elemental de la Lonja entroncan directamente con los palacios florentinos, y la construcción de ladrillo y las torres ebeltas provienen de la época mudéjar.

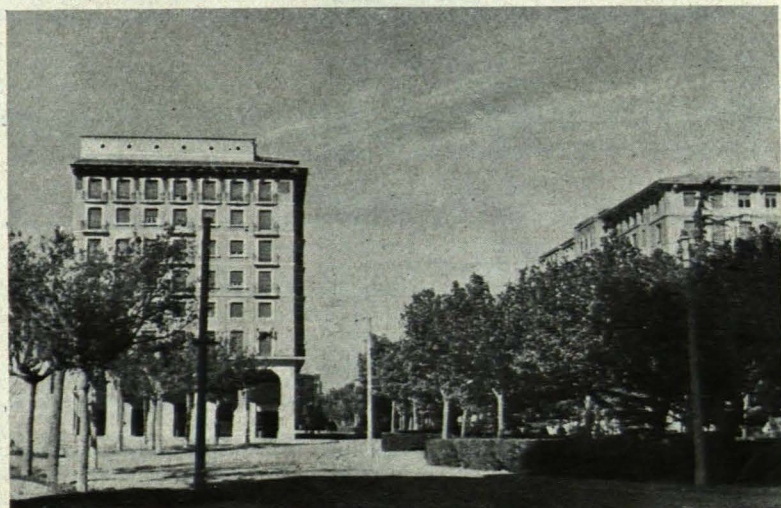
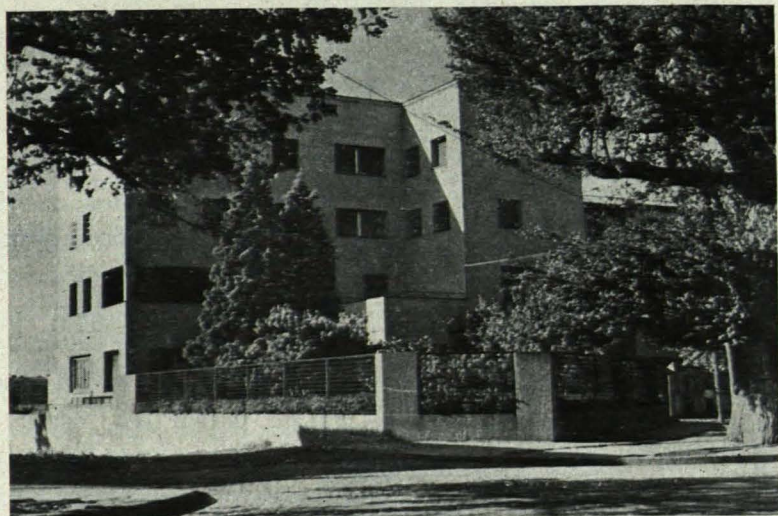
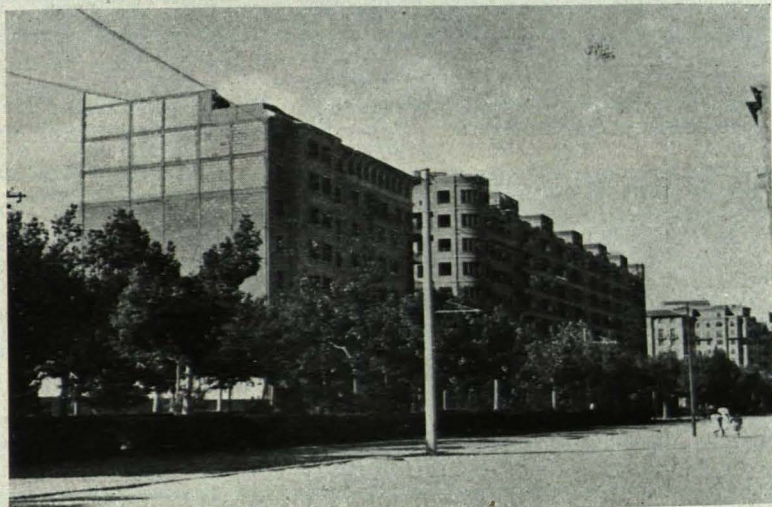
No es una divagación el recuerdo de estas influencias, pues es curioso contrastar cómo perduran y constituyen el nervio fundamental de caracterización de la arquitectura actual, al parecer tan desarraigada de toda tradición, y, sin embargo, ligada, por fortuna, a las bases estéticas regionales de valor permanente.

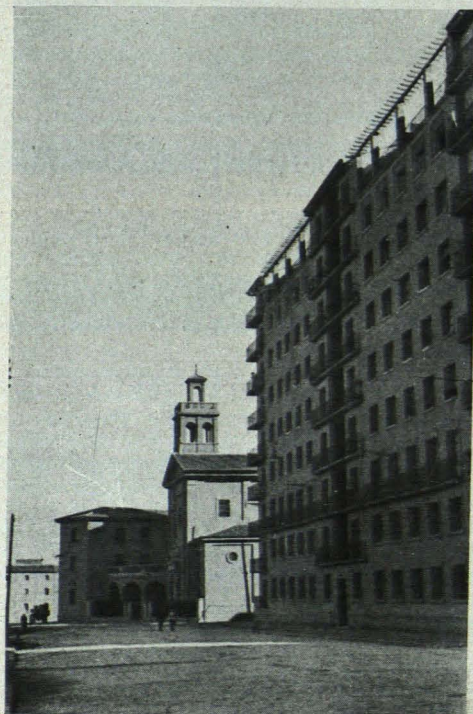
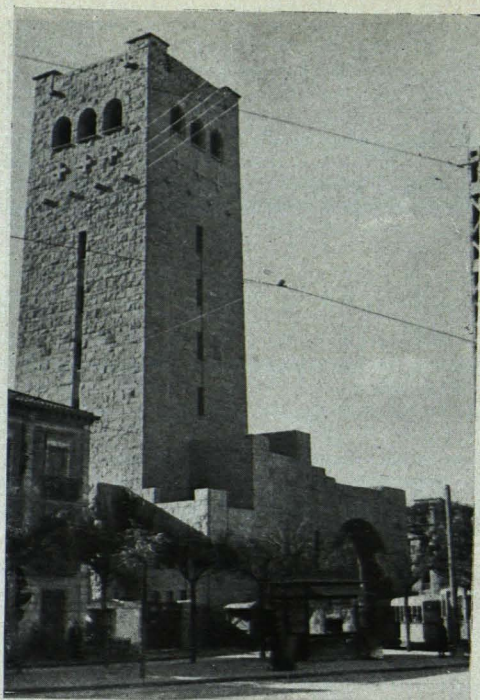
Este hecho es la base de que la ciudad tenga una manera de arquitectura personal, que, elaborada con cariño, proseguirá dando obras maestras, de aportación positiva a la arquitectura nacional. Para ello, Zaragoza cuenta con todos los elementos que necesita: prosperidad creciente, plan de ordenación urbana y equipo de arquitectos capaces.

La industrialización de la ciudad y su crecimiento resultan sorprendentes por su rapidez, y han originado una anarquía grande en el desarrollo urbano. Es lástima que la intensa actividad urbanística de los últimos años no se hubiera previsto a tiempo en un plan bien meditado de expansión. El ensanche de Zaragoza, que impresiona por su pujanza, hasta el punto de figurar seguramente en cabeza en este aspecto entre todas las ciudades españolas, carece de una trabazón clara y de unos centros urbanos en los que la arquitectura luciera con calma, obras de verdadera ambición. Aunque llegado con cierto retraso, el plan general de ordenación urbana, aprobado hace poco tiempo, constituye una base útil para corregir en el futuro estos defectos.

Para ello cuenta la ciudad con un equipo de arquitectos prestigiosos, cuya intensa labor en el camino de conseguir una arquitectura propia de las necesidades modernas, y encajada dentro de los señalados moldes tradicionales, es digna de encomio, y de ser apoyada por todos los medios, incluyendo entre éstos la atención crítica bien orientada, que haga conocer a la ciudad las dificultades y los méritos, los aciertos y los errores que se cometen, pues es natural que no todas las obras de arquitectura sean modelo de perfección, como fuera de desear, sobre todo cuando han de desarrollarse en el ambiente frívolo y materializado de nuestros días. Lo fundamental es que la ciudad conserve su carácter, que éste se sienta y respete y que un grupo de arquitectos, al menos, labore incansablemente en la superación constante de los problemas de la vida moderna en su profesión sin perder la esperanza

El sorprendente rápido crecimiento de la ciudad ha originado anarquía en el desarrollo urbano.





de llegar a emular las mejores obras de la tradición local.

En este momento crucial de la vida de Zaragoza, en el que la ciudad vieja está sufriendo la gran reforma alrededor de las catedrales, en el que la vida comercial comienza a tener expansión hacia el ensanche y en el que, dentro de los nuevos y amplios límites, ha de ir tomando forma y carácter el desarrollo urbano, es de la mayor importancia el encauzamiento de las tendencias arquitectónicas que garantice la conservación del ambiente de los sectores antiguos con su escala humana y su tipismo tradicional, que estimula la creación de obras ambiciosas en los nuevos emplazamientos, característicos de la vida urbana, y que produzca un cierto fondo de homogeneidad en el resto de las edificaciones, que contribuya con su unidad y su sencillez a mantener el tono de sobriedad característico de la ciudad.

Es erróneo pretender que toda nueva edificación haya de descubrir nuevos horizontes arquitectónicos, o destacar brillantemente entre las demás. El papel más modesto, pero más verdadero del arquitecto, consiste en cumplir sus fines sociales, encajando armónicamente sus obras entre las demás. Las casas son la ciudad, células semejantes que colaboran en sus funciones prácticas y que deben presentarse dentro de una cierta unidad, sin el mal gusto, tan frecuente en los últimos tiempos, de originar una emulación de ostentaciones que han llevado al absurdo de proyectar las casas de vecindad como edificios representativos, sobrecargados de ornatos y atributos.

Afortunadamente, el buen gusto y la seriedad de los arquitectos zaragozanos, comprobados en una larga serie de obras recientes que están en el ánimo de todos, y unas ciertas normas generales, que se han impuesto entre ellos de una manera espontánea, son esperanza prometedora de un paso decisivo en la obra, difícil, de continuar vigorosamente y sin apartarse de las necesidades del día, una línea artística tradicional perfectamente definida.

El buen gusto y la seriedad de los arquitectos zaragozanos han mantenido un fondo de homogeneidad que ha continuado el tono de sobriedad característico de la ciudad.

